

## De la Dirección

---

*Padre Jorge Ferdinando Rodríguez Ruiz, O. P.*  
Director de la revista *Campos en Ciencias Sociales*  
Decano de la División de Ciencias Sociales

La presentación de este segundo número de la revista *Campos en Ciencias Sociales* pretende destacar, entre otros muchos aspectos, uno de los temas de reflexión de la División de Ciencias Sociales y al cual debe su título el *dossier*: “Comunidad, acción y comunicación”. El propósito actual de nuestra comunidad académica consiste en vislumbrar un horizonte de encuentro de las diversas voces que tienen algo por expresar, experiencias por compartir y rumbos por proponer en torno a un tema que, como el que nos convoca, plantea aspectos pertinentes para el devenir de nuestra sociedad en su realidad presente y futura.

Desde esta perspectiva, quiero proponer tres campos introductorios a los cuales me remite el presente número, a saber: el papel de las ciencias sociales en las universidades católicas del mundo actual, la reflexión desde la experiencia de nuestra Facultad de Comunicación Social para la Paz y los elementos que nos proponen los autores en este ámbito específico y las maneras particulares en que cada uno de ellos plantea un conjunto de propuestas que nos cuestionan e incitan a asumir posturas más críticas.

En primer lugar, es necesario reconocer el contexto actual de las discusiones en ciencias sociales, referidas a los marcos económicos y culturales que determinan el desarrollo de las comunidades humanas, especialmente el espectro de la globalización frente a la cual hay que plantear que no es, a priori, ni buena ni mala; será lo que la gente haga de ella. Ningún sistema es un fin en sí mismo, y es necesario insistir en que la globalización, como cualquier otro sistema, desde la mirada de la Iglesia, debe estar al servicio de tres aspectos centrales: la dignidad de la persona humana, la solidaridad entre las personas en relación con las comunidades y el bien común. En tal sentido, una de las preocupaciones centrales con respecto a la globalización es que se ha intensificado el intercambio mercantil como mecanismo de producción, innovación, legitimación y consumo culturales.

Muchos pensadores han advertido el carácter intruso, y hasta invasor, de la lógica de mercado, que reduce cada vez más a la comunidad humana el área disponible para la actividad voluntaria y pública en todos los niveles. El mercado impone su modo de pensar y actuar, e imprime su escala de valores en el comportamiento. Los que están sometidos a él a menudo ven la globalización como un torrente destructor que amenaza la pervivencia de las normas sociales que los han protegido y los puntos de referencia culturales que les han dado una orientación en la vida. Lo que está sucediendo es que los constantes cambios en la tecnología y en las relaciones laborales se están produciendo tan rápidamente que las culturas no pueden incorporar de modo fácil dichas transformaciones.

La perspectiva de las ciencias sociales en el pensamiento católico nos propone, entonces, insistir en la defensa de las garantías sociales, legales y culturales resultantes de los esfuerzos por defender el bien común, un ideal necesario para que las personas y los grupos intermedios mantengan su centralidad; sin embargo, la globalización entraña el potencial de destruir las estructuras construidas con esmero y exige la adopción de nuevos estilos de trabajo, de vida y de organización de las comunidades. Además, todas las sociedades reconocen la necesidad de controlar este desarrollo y asegurar que las nuevas prácticas respeten los valores humanos fundamentales y el bien común.

Otro aspecto que el pensamiento católico reafirma es la prioridad de la ética como una exigencia esencial de la persona y de la comunidad humanas. Pero no todas las formas de ética son dignas de este nombre; están apareciendo modelos de pensamiento “ético” que derivan de la globalización misma y llevan la marca del utilitarismo. Con todo, los valores éticos no pueden ser dictados por las innovaciones tecnológicas, la técnica o la eficiencia, pues se fundan en la naturaleza misma de la persona humana. La ética no puede ser la justificación o legitimación de un sistema; más bien debe ser la defensa de todo lo que hay de humano en cualquier sistema. La ética exige que los sistemas se adecúen a las necesidades del hombre, y no que el hombre se sacrifique en aras del sistema.

La Iglesia, por su parte, sigue afirmando que el discernimiento ético en el marco de la globalización debe basarse en dos principios inseparables. El primero es el reconocimiento del valor inalienable de la persona humana, fuente de todos los

derechos humanos y de todo orden social: el ser humano debe ser siempre un fin y nunca un medio, un sujeto y no un objeto, y tampoco un producto comercial; es decir, la persona humana nunca debe estar reducida en su dignidad antropológica. El segundo es el valor de las culturas humanas, que ningún poder externo tiene el derecho de menoscabar y, menos aún, destruir. La globalización no debe constituirse en un nuevo tipo de colonialismo, sino que debe respetar la diversidad de las culturas que, en el ámbito de la armonía universal de los pueblos, son las claves de interpretación de la vida. En particular, la globalización no tiene que despojar a los pobres de lo que es más valioso para ellos, incluidas sus creencias y prácticas religiosas, puesto que las convicciones religiosas auténticas son la manifestación más clara de la libertad humana. Desde esta perspectiva, reconocemos que la humanidad, al embarcarse en el proceso de globalización, no puede, por menos, dejar de contar con un código ético común. Esto no significa un único sistema socioeconómico o una única cultura dominante que impondría sus valores y sus criterios sobre cuestiones éticas. Las normas de la vida social deben buscarse en el hombre como tal, en la humanidad universal nacida de la mano del Creador. Esta búsqueda es indispensable para evitar que la globalización sea solo un nuevo nombre de la relativización absoluta de los valores y de la homogeneización de los estilos de vida y de las culturas. En todas las diferentes formas culturales existen valores humanos universales que deben manifestarse y destacarse como la fuerza guía de todo desarrollo y progreso, al servicio de esa experiencia repetida en tantos momentos de la historia de la Iglesia: “Para todas las personas y de toda la persona”.

En segundo lugar, encontramos los aspectos relacionados con el enfoque de nuestra Facultad de Comunicación Social para la Paz y las grandes líneas de desarrollo en las cuales está comprometida actualmente. Gran parte de la dinámica moderna de la comunicación está orientada principalmente por preguntas en busca de respuestas. Los motores de búsqueda y las redes sociales son el punto de partida, en términos de la comunicación, para muchas personas que buscan consejos, sugerencias, informaciones y respuestas. En nuestros días, la red se está transformando cada vez más en el lugar de las preguntas y de las respuestas; más aún, a menudo el hombre contemporáneo es bombardeado por respuestas a interrogantes que nunca se ha planteado y a necesidades que no siente. La División de Ciencias Sociales propone favorecer el necesario discernimiento entre los numerosos estímulos y respuestas que recibimos, para reconocer e identificar las preguntas verdaderamente importantes.

Sin embargo, en el complejo y variado mundo de la comunicación emerge la preocupación de muchos hacia las preguntas últimas de la existencia humana: ¿quién soy yo?, ¿qué puedo saber?, ¿qué debo hacer?, ¿qué puedo esperar? Es importante acoger a los estudiantes y maestros que se formulan estas preguntas, para abrir la posibilidad de un diálogo profundo, hecho de palabras, de intercambio, pero también de una invitación a la reflexión y al silencio que, a veces, puede ser más elocuente que una respuesta apresurada y que permite, a quien se interroga, entrar en lo más recóndito de sí mismo y abrirse al camino de respuesta que Dios ha escrito en el corazón humano. Considero que esta es la propuesta fundamental con la que estamos comprometidos como maestros de este valioso grupo de futuros comunicadores, sociólogos y diseñadores.

Considero también que este incesante flujo de preguntas manifiesta la inquietud de los estudiantes, siempre en búsqueda de verdades, pequeñas o grandes, que den sentido y esperanza a la existencia. Nuestros estudiantes no pueden quedar satisfechos con un sencillo y tolerante intercambio de opiniones escépticas y de experiencias de vida: todos buscamos la verdad y compartimos este profundo anhelo, sobre todo en un tiempo en el que “cuando se intercambian informaciones, las personas se comparten a sí mismas, su visión del mundo, sus esperanzas, sus ideales”, al decir de Juan Pablo II.

Un reciente documento de la Iglesia habla de la dinámica que se establece entre la palabra y el silencio. Qué bien nos hace aprender a comunicar, lo cual surge más profundamente del aprender a escuchar, a contemplar, además de hablar, y esto es particularmente pertinente para los miembros de la Facultad de Comunicación: silencio y palabra son elementos esenciales e integrantes de la acción comunicativa de la Facultad para un renovado anuncio de determinados valores en el mundo contemporáneo. Y es esta una responsabilidad con las comunidades del país, especialmente con las comunidades que se encuentran en estado de vulnerabilidad o que requieren ejercicios de visibilización como elemento imprescindible de subsistencia, grupos humanos a los que históricamente se les ha quitado hasta su voz; en perspectiva de un horizonte que les permita autodeterminarse.

En tercer lugar, encontramos plasmadas en este número de la revista *Campos* las experiencias de los autores, quienes nos abren un conjunto de posibilidades de reflexión en relación con las dinámicas actuales de la sociedad, referidas a la misma

experiencia, pero pensadas desde distintas dimensiones. Deseo destacar algún aspecto que, a modo muy personal, encuentro valioso en los aportes de cada autor.

El profesor Ancízar Narváez nos presenta una radiografía y un análisis muy especializado en torno a lo que llamamos “las políticas económicas de las telecomunicaciones” en Colombia, acompañados de una mirada cuestionadora del modelo implementado en Colombia, el cual, se deduce, está mucho más centrado en los intereses de las empresas privadas de las comunicaciones que en la posibilidad de un servicio público estrechamente pensado en clave del bien común. A la vez, despliega un análisis de la radio y los medios impresos, para situarnos en una postura crítica frente a la deficiente formación de ciudadanos, en función de permitir un nivel crítico de participación a la cuestionada democracia colombiana. Uno de los aspectos que considero más relevantes es la invitación a construir “versiones de nación alternativas”, para despertar de un letargo pasivo de ciudadanos y redimensionar las formas de la participación histórica que nos muestra la realidad actual, como fruto de las limitantes permanentes de la participación.

Alejandra Salamanca nos da un sustento epistemológico, aun sin saberlo, para lo que en la historia de la Facultad de Comunicación denominamos el Proyecto de Voces Ausentes. El texto aborda los deberes del periodista en el marco de una perspectiva de comunicación orientada a la paz, y en tal sentido se adentra en los fundamentos mismos de la opción pedagógica del proyecto de comunicación de la Universidad Santo Tomás. El artículo reflexiona sobre los mandatos éticos de la labor periodística y los contrasta con realidades actuales del desarrollo de la comunicación en los actuales medios de comunicación del país. De manera específica profundiza en el manejo periodístico de *eltiempo.com* y *semana.com*, para encontrar evidencias reveladoras del modo tan limitado en el que se analiza un tema tan importante como el desplazamiento forzado. Algunas de sus conclusiones llaman la atención sobre la ausencia de categorías relevantes para contextualizar el conflicto y facilitar a los ciudadanos conocerlo más profundamente. De modo lapidario y sustanciado expresa cómo “el manejo informativo de los medios de comunicación no atiende a la gravedad del fenómeno”, lo que constituye un llamado de atención para los responsables de la vida académica de la comunicación, los responsables de formar esos profesionales de la comunicación, especialmente para aquellos en los que “sobresale el interés mercantil sobre el deber ético y social de su profesión”.

Liliana Silva y Mauricio Poveda se adentran en la reflexión histórica del fenómeno de la Unión Patriótica y las dinámicas de exterminio a que fue sometida, especialmente desde el análisis del discurso de ciertos actores, lo que nos permite situar la experiencia del genocidio por el que esta apuesta política fue reducida. Aquí aparece la comprensión de una dinámica histórica en la que el Estado colombiano ha sido uno de los principales protagonistas en la violación de los derechos humanos. Especialmente se desarrollan diversos argumentos explicativos que permiten comprender los profundos daños contra el tejido social, evidenciados en el discurso de las Fuerzas Militares, lo que puede contextualizarse en las grandes doctrinas hegemónicas que han atravesado la historia de las últimas décadas en el continente latinoamericano. Puedo calificar de clarividente la lección histórica para el momento actual, en el contexto de los diálogos de paz de La Habana, Cuba, y subrayar, a propósito, la necesidad de seguir insistiendo en garantías de no repetición, en aspectos que nos permitan otra postura humana y una nueva perspectiva del desarrollo, centrada también en la compresión y respeto del otro.

A partir de una experiencia concreta en San Pedro de Atacama, Chile, Andrea Hurtado Quiñones plantea los efectos del turismo hoy, los cuales pueden ser interpretados y aplicados a nuestro contexto colombiano, especialmente en algunos de nuestros municipios. Deseo resaltar el empleo de dos grandes categorías de análisis: entorno natural y entorno cultural, a partir de las cuales se inicia una profunda reflexión sobre la construcción artificial de elementos de nuestra sociedad. La pregunta sobre la definición del concepto de patrimonio conlleva todo un conjunto de aspectos para profundizar esta investigación. Sumado a lo anterior, la autora plantea la pregunta por la mirada que se posa sobre las comunidades, vistas frecuentemente como “objeto”, y la reflexión en torno a las tradiciones para dejarlas de considerar, desde la perspectiva del turismo, como una realidad exótica. Un elemento profundo que otorga una postura explícita para las comunidades es la obligación del autoconocimiento como una manera de construir su identidad. Finalmente, de la experiencia se manifiesta lo que la autora ha llamado “la paradoja del control cultural”, la cual consiste en que mientras, por un lado, los Estados intervienen en las decisiones sobre los pueblos nativos, estos tienen cada vez menos capacidad de determinar su propio destino.

Constanza Gómez Gavilán nos invita a pensar el cuerpo como un elemento primordial en el papel de lo que hoy se conoce como las “escrituras sociales”, y para ello nos

guía por un recorrido histórico a lo largo de las etapas de la civilización occidental, de cada una de las cuales extrae los elementos relevantes para una comprensión de los fenómenos actuales: Antigüedad, Medioevo, Modernidad y Contemporaneidad son los escenarios a través de los cuales muestra la construcción colectiva en torno al cuerpo y los significantes que para cada momento histórico se expresan. Hablar del cuerpo implica relacionarse con distintas disciplinas; sin embargo, acudimos a la sociología como la disciplina llamada a discernir los significados que la sociedad, en la lógica de un imaginario, suele otorgarle en perspectiva de las comprensiones actuales.

María Victoria Rugeles, Eliana Herrera y Carlos Andrés Muñoz se aventuran a mostrarnos el proceso de definir y poner en marcha una estrategia metodológica dentro de un proyecto de investigación denominado “Experiencias de comunicación y desarrollo sobre medio ambiente en la región andina de Colombia”. Una perspectiva muy profunda, especialmente para quienes se adentran en ese camino, sobre el “cómo hacerlo”, no a modo de fórmula o receta acabada, sino desde un desarrollo argumentativo, a partir de los cuales se describen los elementos que llevan a determinar un modo de desarrollo, con una descripción muy oportuna sobre los aspectos que para las comunidades se constituyen en experiencias de dificultad en su relación con las instituciones. Es un maravilloso aporte, cargado de anécdotas constructivas en los procesos investigativos, que nos muestran, por un lado, el esfuerzo de quienes se comprometen con las comunidades y, por el otro, el conjunto de dificultades que siguen teniendo las instituciones en el adecuado desarrollo de estos proyectos.

La comunicadora Mónica García nos remite a los temas relacionados con el espacio público y la reflexión sobre la convivencia ciudadana, especialmente en los grupos juveniles que habitan en Bogotá, y las formas narrativas a través de las cuales dan a conocer sus experiencias y expresan sus cosmovisiones del mundo. Mediante el uso de los instrumentos de la cartografía social se accede a visibilizar lugares, dar cuenta de los desplazamientos y las distintas formas de expresión que nos ayudan en una comprensión más específica de la realidad. La fotografía, comprendida como imagen constituida de significados simbólicos, nos permite dar cuenta de construcciones narrativas que transmiten un discurso y una comprensión. La expresión de la

convivencia y formas narrativas modernas, no siempre comprendidas socialmente, nos permiten decodificar las maneras en que dichos grupos se adentran en la resolución de conflictos. El texto identifica los elementos que sugerentemente nos manifiestan una manera de abordar los conflictos hasta con los mismos espacios de la ciudad, la comprensión de lo estético como una forma de representarse desde el ser jóvenes y la indagación de las expresiones meramente externas. Particularmente, resalta una de las muchas conclusiones, referida a la manera en que la participación y las distintas formas de encuentro transforman los entornos sociales de la ciudad.

Dos artículos finales, por la originalidad de sus aproximaciones al fenómeno de la comunicación, a la vez que cierran este *dossier*, anticipan el tema del que se ocupará *Campos* durante el próximo año: la memoria social y las formas como esta se construye, se incorpora en el presente y anticipa el futuro. Se trata, pues, en primer lugar, del artículo de Jaime Alberto Rojas, un texto que puede calificarse de “cautivador”, puesto que nos adentra de manera amena en la lectura crítica de los primeros periódicos del Nuevo Reino de Granada, los que a primera vista pueden parecer distantes o complejos, pero sobre los que el autor logra proponer una forma de lectura con un sentido crítico del periodismo y asumir una postura que nos obliga a comprender de otra manera la realidad de ser ciudadanos, en la medida en que visibiliza el modo en que se generaba la “opinión” a partir de lo que se publicaba en la prensa de la época. En tal sentido nos propone importantes lecciones para los jóvenes comunicadores, de cara a los actuales retos del periodismo en Colombia, especialmente en un momento para la paz como el que actualmente atravesamos, mediado por la crítica a los actuales medios periodísticos del país.

Por último, el investigador Santiago Jiménez propone introducirnos en el análisis de las prácticas artísticas y performativas actuales como una alternativa de concientización sobre los fenómenos políticos y sociales, práctica que a su vez sirve en la construcción de la memoria para las víctimas de los régimenes dictatoriales de América Latina. A tal conclusión llega luego de mostrar distintos elementos que expresan la necesidad de elaborar herramientas alternativas que, desde lo simbólico, abran espacios para conocer el pasado de manera diferente, para recapitular la historia con otra lectura, especialmente la de los grupos sociales que han vivido más directamente las experiencias como víctimas. La narración de diversas vivencias

nos lleva a fijar la mirada en el encuadre del espacio, especialmente del espacio público como un lugar de “la disputa, la confrontación, la tensión”. Sin embargo, el autor logra ponernos en tensión al preguntarnos cuál es la noción de memoria en ámbitos como los actuales, en donde los ejercicios de memoria se encuentran en perspectiva de hechos inacabados o narraciones sin un final próximo previsible. También esboza la discusión entre memoria y memorias como nociones que deben construirse en perspectiva de futuro. La incorporación del enfoque cultural y sus interpretaciones nos instan a incorporar esas nuevas definiciones. Un elemento estructural es la experiencia de correlación entre el arte, la realidad de lo simbólico y la experiencia de lo estético, a partir de lo cual nos presenta las nuevas narraciones y relatos que provienen de otras comprensiones. Maravillosas y sobresalientes las lecciones que provienen de las experiencias como *El siluetazo*, *Lavando la bandera*, *Los ladrillos de la memoria* o *Teatro efímero*, entre otros, que ejemplifican modos contemporáneos de leer el mundo y de otorgarle otro sentido.

Al invitarlos a continuar colaborando en este proyecto, deseo manifestarle el interés de que la experiencia progresiva de nuestro proyecto educativo en el ámbito de las ciencias sociales nos permita acercarnos a nuevas comunidades humanas, como en el actual contexto de nuestra División, en el que a través del proceso de extensión del programa de Comunicación Social nos aproximamos a las regiones de Meta y Boyacá. Esperamos que este número de *Campos* nos permita madurar en la construcción de elementos que aproximen a los miembros de nuestra comunidad educativa con proyectos cada vez más pertinentes para el país.